



En la frontera de lo inefable

■ CARLOS AGANZO

No era una fórmula exacta, sino más bien una convención. Desde que Gonzalo Rojas y Claudio Rodríguez inauguraron la nómina del Premio Reina Sofía, respectivamente en los años 1992 y 1993, la costumbre decía que cada año los jurados del certamen iban turnando entre España y América, con alguna que otra oportunidad para la lengua portuguesa (João Cabral de Melo, Sophia de Mello); así hasta ir completando el gran mapa de nuestra poesía iberoamericana. Por eso en 2012, después de que el año anterior ganara la cubana Fina García Marruz, todos esperábamos que el jurado de este certamen, el más importante del mundo en su género, se fijara por fin en Antonio Colinas. Ganó el nicaragüense Ernesto Cardenal y se desató la polémica. Una polémica que continuó al año siguiente, cuando tocó turno a Portugal, con Nuno Júdice, y que sólo se calmó en el año 2014, cuando María Victoria Atencia, la gran María Victoria Atencia, se hizo con el galardón. Por supuesto, nada que objetar.

No es de extrañar, por eso, que en un sano ejercicio de prudencia y de humildad, Antonio Colinas se hubiera olvidado del premio. Como tampoco es de extrañar la sorpresa, y hasta la incredulidad, que mostró el poeta cuando recibió la llamada de la Universidad de Salamanca. Venía desde la ciudad del Tormes hasta la del Pisuerga para grabar el CD correspondiente a su paso por la ciudad del Libro, en Urueña. Y aquí tuvo ocasión de celebrarlo por primera vez y de atender a los medios de comunicación de todo el país, que en esta ocasión se congratularon de manera unánime por la decisión del jurado.

Pocos poetas como Antonio Colinas han sido tan claros merecedores de este galardón. Por la dedicación constante a la poesía a lo largo de toda su vida, por la repercusión mundial de su obra, pero sobre todo por el valor intrínseco de su escritura. Una escritura que, inequívocamente vinculada a la respiración de su tierra, muestra sin embargo un vuelo alto y extraordinariamente largo. Un vue-

lo que atraviesa el tiempo y el espacio, como hace siempre la escritura de verdad. Porque la poesía de Antonio Colinas, que se sitúa justo en la frontera de lo inefable, tiene mucho de sus lecturas, de sus viajes y de sus experiencias personales, pero también de esa línea delgada, misteriosa, fronteriza en los límites de la percepción poética, que caracteriza a la mejor poesía de nuestra literatura.

Desde sus inicios, con el culturalismo suave de raíz profunda que exhibe en sus primeros libros, la poesía de Antonio Colinas no ha hecho otra cosa que adelgazar. Adelgazar y silenciarse para prestar la máxima atención a la respiración del hombre sobre el mundo. La música y la armonía, pero también el silencio y el vértigo ante la vibración de la existencia, le han acompañado en este viaje poético que muestra todo su alcance y plenitud en las obras publicadas en los últimos años. Una poética, por cierto, plenamente iberoamericana, ya que tiene centenares de seguidores tanto en España como en América.

No es una novedad de nuestro tiempo que la poesía, a pesar de su práctica inexistencia en los mercados editoriales, siga siendo el género literario que mejor expresa el latido humano de cualquier época de la historia. Desde Homero y el Ramayana hasta aquí. Por eso el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, frente al universo insondable de los grandes premios de todo el mundo, cumple la extraordinaria labor de poner el foco, cada año, en ese tesoro compartido que es la voz de los grandes poetas vivos en lengua española y portuguesa. Ese gran sustrato ibérico que forma parte de lo mejor de la literatura universal.

Antonio Colinas ha inscrito su nombre este año en esa lista cargada de fuerza, de contenido... y de esperanza. Regocijémonos por ello.

La escritura de Colinas, vinculada a la respiración de su tierra, muestra un vuelo muy alto